

SZCZEPAN TWARDOCH

EL REY DE VARSOVIA

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE BOGUMIŁA WYRZYKOWSKA
Y ESTER RABASCO

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Król*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Szczepan Twardoch
© de la edición original, 2016 by Wydawnictwo Literackie.
Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2023 by Bogumiła Wyrzykowska
y Ester Rabasco Macías
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Combate en el club Sharkey* (1917),
de George Wesley Bellows

ISBN: 978-84-19036-49-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 9040-2023

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

- א Álef, 7
- ב Bet, 68
- ג Guímel, 129
- ד Dálet, 204
- ה Hei, 266
- ו Vav, 334
- ז Zayn, 379

*Glosario de términos
hebreos y yiddish, 443*

¿Quién no es esclavo?

HERMAN MELVILLE,
Moby Dick

8
ÁLEF

A mi padre lo mató un judío alto, atractivo, ancho de hombros y con una robusta espalda de boxeador macabeo.

Ahora está de pie en el cuadrilátero, es el último combate de esta noche y el último asalto de la pelea, y yo lo observo desde la primera fila. Me llamo Mojżesz Bernsztajn, tengo diecisiete años y no existo.

Me llamo Mojżesz Bernsztajn, tengo diecisiete años y no soy un ser humano, no soy nadie, no estoy en parte alguna, no existo, soy un pobre y miserable hijo de nadie, y ahora estoy mirando al hombre que mató a mi padre, lo estoy mirando mientras él, bello y fuerte, está de pie en el cuadrilátero.

Me llamo Mojżesz Inbar, tengo sesenta y siete años. He cambiado de apellido. Estoy sentado frente a una máquina de escribir y estoy escribiendo. No soy un ser humano. No tengo apellido.

El boxeador del cuadrilátero se llama Jakub Szapiro. El boxeador tiene dos hijos preciosos: Dawid y Daniel. Sin embargo, por aquel entonces yo aún no lo sabía; ahora sí sé que los tenía. También tiene el pelo negro y reluciente por la espesa brillantina.

El boxeador mató a mi padre. Y ahora está combatiendo.

Está peleando en el último asalto de este combate. Ahora en polaco se dice *round*. Así pues, estamos en el último *round*.

Los combates en el campeonato por equipos de la capital entre los clubes deportivos históricos Legia y Makabi, judío, empezaron con el peso mosca y con dos hechos que causaron sensación: primero, que los boxeadores Baśkiewicz y Doroba lucharon en las categorías superiores y, se-

gundo, que hubo cierta controversia entre los jueces. Quizá yo no supiera entonces tanto sobre el tema, pues no me importaba mucho, pero oía lo que decía la gente que estaba a mi lado. Todos estaban alterados, por la pelea y por la sensación que provocaba.

Yo me encontraba en primera fila, en la sala del cine municipal Miejskie, situado en la esquina de la calle Długa con Hipoteczna. Allí siempre estaban dispuestos a alquilar la sala para combates. Creo que fue precisamente entonces cuando vi una pelea de boxeo por primera vez en mi vida.

Dos Varsovias ajenas entre sí se habían reunido alrededor del cuadrilátero, y yo también estaba allí, sentado cerca de la plataforma, aunque era como si me encontrara sentado por todas partes, en cada una de las sillas ocupadas por algún judío, mientras observaba el ring de cerca y de lejos simultáneamente. Y nadie me veía.

Se habían reunido alrededor del cuadrilátero aquellas dos Varsovias que hablaban dos idiomas diferentes, vivían en dos mundos distintos y no leían los mismos periódicos; dos Varsovias que sentían indiferencia la una por la otra en el mejor de los casos, y odio en el peor de ellos, y que por lo general simplemente sentían una desconfianza llena de reticencia, como si no vivieran codo con codo, sino separadas por un océano. Yo entonces era un jovencito flaco y de piel pálida que había nacido en algún lugar, no me acuerdo dónde, quizá diecisiete años antes, digamos que en 1920, y me habían puesto el nombre de Mojżesz. El apellido Bernsztajn lo había heredado evidentemente de mi padre, Naum; pero mi madre, Miriam, también lo llevaba, pues todos nosotros éramos fieles creyentes de Moisés. Yo nací ciudadano de la República de Polonia que acababa de resurgir, y como ciudadano de dicha república que era, aunque de una clase inferior que la polaca, me encontraba sentado en esos momentos en la platea del cine Miejskie, en un edificio de la esquina

de Długa con Hipoteczna que había sido el teatro Nowości y que luego había ocupado la compañía de Bogusławski, para quedar finalmente en manos del cine y del boxeo.

Primero lucharon los enjutos boxeadores del peso mosca, y tras el combate, cuando el árbitro levantó el brazo de Rundstein, la Varsovia judía gritó llena de júbilo. Kamiński, el boxeador huesudo del Legia, se había rendido empapado en sangre después del primer asalto.

Y a continuación, el peso gallo. En el primer asalto nuestro boxeador iba ganando, según supuse por los gritos del público judío. Se apellidaba Jakubowicz. El árbitro polaco del ring favorecía visiblemente al púgil del Legia y reducía los puntos de ventaja que llevaba Jakubowicz con consecutivas e infundadas advertencias. Hubo tres asaltos, tras el tercero el árbitro otorgó injustamente la victoria a Baśkiewicz, el del Legia, y entonces se armó la gorda. Un judío obeso y con gafas lanzó una bolsa llena de cerezas al árbitro mientras gritaba que allí todos sabían contar. Un matón polaco se abalanzó sobre el gordo, que, a su vez, le fue devolviendo los golpes con destreza; los separaron enseguida, pero el combate se suspendió durante unos minutos.

Una vez calmada la sala, entraron en el cuadrilátero los púgiles del peso pluma, y un lentísimo Szpigelman fue derrotado fácilmente y con ventaja por Teddy, o sea Tadeusz Pietrzykowski, el campeón de la ciudad de Varsovia, el mismo que más tarde, ya en otro mundo, combatiría como prisionero en los campos de concentración de Auschwitz y Neuengamme.

En el peso ligero, Rozenblum abatió con eficacia al duro y resistente Bareja.

En el peso semimedio, Niedobier se impuso claramente sobre Przewódzki, y a pesar de ello el árbitro decretó empate. El público judío abucheó; el cristiano aplaudió.

Luego vino el peso mediano. Doroba, del Legia, sólo necesitó endosar uno de sus derechazos explosivos para tum-

bar a nuestro Szlaz en los primeros segundos del primer asalto. Y tal como lo encajó, cayó. El público judío guardó silencio; los polacos tributaron aplausos al vencedor.

En el peso semipesado la suerte cambió: Neuding envió a la lona a Włostowski, que se levantó en el segundo nueve del conteo; a pesar de todo, los jueces declararon un no-caut técnico.

Luego salieron al ring los boxeadores de peso pesado.

—En la esquina derecha, el boxeador del Legia de Varsovia... ¡Andrzej Ziemiński!—vociferó el presentador de los combates. Aplausos.

Sin duda, era el más atractivo de todos, y no parecía en absoluto un boxeador, sino más bien un atleta. Muy alto, de extremidades alargadas aunque musculosas, y también de torso alargado, como un nadador; el pelo muy claro, casi blanco, con las sienes afeitadas, y más largo en la parte superior, peinado con raya; los ojos de un azul muy claro, y una mandíbula angular *art déco*.

Por un instante creí que era una estrella de cine, pero enseguida entendí que se trataba de otra cosa, que se parecía a los deportistas alemanes de las fotos y dibujos, aquellos semidioses arios, semejantes entre sí, que a veces publicaba la prensa ilustrada. Al mismo tiempo, en su rostro había algo delicado, casi pueril, pulcro, algo que yo no podía definir y que hoy sé que simplemente es algo característico de las personas de clase alta, de la gente mimada por la vida.

—Señoras y señores, en la esquina izquierda...—El presentador hizo una pausa.

En las tribunas judías se alzó un rumor.

—En la esquina izquierda, vistiendo los colores del Makabi de Varsovia...—Otra pausa.

En rumor creció. El presentador miró a su alrededor con satisfacción. Más de dos mil quinientas personas habían asistido a ver el combate.

—¡Jakub Szapiro!—vociferó por fin.

Entre los seguidores judíos estalló el entusiasmo. Aplaudieron, gritaron, corearon su nombre; los seguidores polacos aplaudieron con moderación. Los boxeadores se colocaron cara a cara. Sonó la campana y reinó el silencio en la sala.

Szapiro era bien parecido, de una belleza distinta a la de Ziemiński, de aspecto algo sombrío; era también un poco más bajo, aunque sobrepasaba con toda seguridad el metro ochenta; no era tan delgado y sí claramente más pesado.

Sus rasgos eran duros y rudos, en su nariz quedaban huellas de una antigua fractura; a pesar de ello resultaba atractivo, incluso con sus pantalones cortos, ridículos, brillantes, su camiseta deportiva de tirantes con la inscripción MAKABI en el pecho y sus botas de boxeador, semejantes a calcetines, con las que tanteaba aquel ring tan bien iluminado como si de un frágil hielo se tratara, ligeramente, izquierda-derecha, izquierda-derecha, tan ligeramente que no parecía un robusto boxeador de peso pesado de noventa y dos kilos, de músculos compactos, huesos fuertes y una tripa dura que sobresalía del ancho cinturón de los pantalones de boxeo, la misma que le llenaba el chaleco al cambiar aquella ropa deportiva por un traje.

Ziemiński pesaba ochenta y nueve kilos, pero parecía más delgado; ni un gramo de grasa bajo su piel, sólo músculos esculpidos con gran esfuerzo, como una estatua griega.

Sentí claramente la tranquilidad y la seguridad del boxeador judío. También compartí el placer, el escalofrío de placer que lo sacudió, cuando la multitud coreó a gritos su nombre. Y sentí que ese escalofrío se expandía por su cuerpo tal como se expande el placer sexual.

—¡Sza-pi-ro, Sza-pi-ro, Sza-pi-ro!

Observé la calma con que se exponía, su gran seguridad en su propio cuerpo, su dominio de sí mismo, la sumisión de su cuerpo adiestrado, maltratado por el entrenamiento

y como tensado por unos muelles internos, y observé la desenvoltura con que movía la cabeza y los brazos, como si se deslizara bajo las vigas de un techo bajo.

Y observé cómo asestaba los golpes.

La fuerza nace de las piernas. Los pies, los arcos plantares, las rodillas hacia dentro: todo es absolutamente elástico; el puño derecho enguantado protege las bisagras de la parte derecha de la mandíbula, las de su parte izquierda quedan protegidas por el hombro izquierdo; los codos cerca del cuerpo. Y cuando golpea, todo el cuerpo se tensa con una ráfaga de energía.

La cadera izquierda y el hombro pivotan, estirados por los músculos abdominales y los de la espalda. La contracción de estos músculos comprime el diafragma, las costillas, por lo que el golpe va acompañado de un silbido al expulsarse el aire por los pulmones.

El pie izquierdo también pivota, como si el boxeador quisiera apagar una colilla; de repente proyecta el brazo izquierdo como si lanzara una piedra, el puño gira en el acto y lanza un golpe corto, como un látigo, y enseguida retrocede como si fuera un muelle.

Sin embargo, el puño a veces no está vendado ni protegido por un guante. A veces el puño no golpea un saco de boxeo. A veces el hueso golpea al hueso, hace saltar los dientes.

A veces es así. A veces tiene que ser así.

Pero ahora Szapiro se acerca a Ziemiński con pasos danzarines, fluye por el ring cambiando el peso de una pierna a otra, un poco a lo Charlie Chaplin en sus comedias; se va acercando y golpea suavemente el aire con la izquierda, como si buscara un agujero en el caparazón que rodea a su adversario.

Ziemiński responde, pelea bien, es un gran boxeador, ahora lo sé, porque tal vez entonces yo no lo supiera. Me parece que entonces no era muy entendido en boxeo, que

miraba sin saber lo que veía; sin embargo, ahora recuerdo mi mirada posada en ellos y me parece que era una mirada sensata, una mirada analítica, una mirada que percibía en ellos todo lo que sólo es capaz de percibir el ojo experto y familiarizado con lo que mira. Aunque puede que ésa sea mi mirada de hoy, no la de antaño.

Han luchado a un ritmo más rápido de lo que habitualmente luchan los boxeadores de peso pesado. Szapiro, ante uno de los jabs de Ziemiński, igual de rápidos que un tren Luxtorpeda (como escribieron en el periódico al día siguiente), realiza una finta dando un giro, pero no con el habitual pie izquierdo, sino con el derecho, y por un momento asume la postura propia de un zurdo, con el pie derecho enfrente, para luego sorprender a Ziemiński y aserrarle dos rechazazos rápidos en la cara que le rompen el arco de la ceja izquierda. El boxeador del Legia ni siquiera sabe con qué le han dado, pero Szapiro afloja, retrocede, se relaja a un metro de distancia, aunque ahora podría empujarlo contra las cuerdas y acribillarle la cabeza y las costillas con una ráfaga de ganchos horizontales.

—¡Acaba con él, machácalo...!—grita su entrenador.

Szapiro podría acabar ahora mismo, pero afloja. Se muestra seguro de sí mismo, incluso demasiado seguro. Ignora los gritos del entrenador. Quiere seguir peleando.

Tiene treinta y siete años. Ya no es joven. Nació, súbdito del zar Nicolás II, en la calle Nowolipki, 23, puerta 31, a menos de dos kilómetros del lugar donde está luchando. Aunque en su partida de nacimiento figura el nombre ruso Иаков ['Yákov'], su esposa (es su esposa, a pesar de que no estén casados) lo llama Jakub, en polaco, y a veces, al igual que lo hacía la madre, se dirige a él con el nombre de Jankiew, en lengua judía. Su apellido se ha mantenido sin cambio alguno.

Pero para mí siempre fue Jakub, por supuesto tras dejar de ser el señor Szapiro.

Yo lo miraba entonces con odio, aunque todavía no sabía que él había matado a mi padre. Sólo sabía que se lo había llevado. Más tarde me enteré de todo, y también más tarde empecé a querer a Jakub Szapiro y deseé llegar a ser Jakub Szapiro, y puede que, en cierto modo, me haya convertido en él.

Y puede que ahora yo lo sepa. Puede que ahora lo sepa todo.

Dos días antes había presenciado cómo Szapiro se llevaba a mi padre, Naum Bernsztajn, de nuestra casa, situada en el edificio de viviendas de la esquina de la calle Nalewki con Franciszkańska, 26, puerta 6. Se lo llevaba a rastras, agarrándolo de su larga barba y maldiciendo entre dientes.

—*Biz' alain shildik, di shoite aine, di narishe' fraye'*! [‘¡Tú tienes la culpa, estúpido!’]. ¡Idiota!—dijo Szapiro medio en yiddish, arrastrando por la barba a mi padre.

Abajo, Szapiro, escoltado por el grandullón de Pantaleon Karpiński y el rata de Munja Weber, del que hablaré más tarde, metió a mi padre en el maletero de su Buick y luego se marchó.

Yo me había quedado en la cocina; mi madre me había susurrado que no se me ocurriera moverme, y por tanto yo no me había movido. Mi padre se había escondido en el armario. Lo encontraron enseguida y lo sacaron de allí. Y de pronto, cuando yo vi cómo lo arrastraban por la barba, no pude contener mi vejiga y una mancha de orina se extendió rápidamente por mis pantalones de lana.

Entonces él se detuvo junto a mí sin soltar la barba de mi padre.

—¡Venga, no temas, muchacho!—dijo con delicadeza.

Yo no esperaba semejante delicadeza. Vi de cerca un tatuaje en la mano derecha, cuyas líneas de color azul desvaído dibujaban una espada de doble filo y cuatro letras hebreas: מוּמָם—mem, vav, vav y tav—, que leídas de derecha

a izquierda, tal y como se escriben, significan ‘muerte’ en hebreo.

En ese momento me lancé sobre él, traté de golpearlo. Yo siempre estaba dispuesto a pelearme: los muchachos judíos y cristianos nos enzarzábamos en grandes peleas con puños y piedras en la plaza Broni, *jéder* contra *jéder*, escuela contra escuela, hasta que la policía nos dispersaba. Como siempre hacían todos.

Sin embargo, Szapiro no era un adolescente. Esquivó mi ataque infantil, puso los ojos en blanco, ni siquiera me golpeó, sólo me empujó; mi madre gritó, yo caí al suelo entre la mesa y el aparador, lloré. No dejé de ver ni por un instante la espada y la muerte tatuadas en la parte superior del puño que agarraba la barba de mi padrecito.

En aquel momento decidí que nunca me dejaría crecer la barba. Todo cuanto siguió a esa decisión vino por sí solo. Decidí que sería como él.

Mientras observaba a Szapiro durante el combate de boxeo en el teatro Nowości, yo no veía el tatuaje, pues lo cubría el guante, además del vendaje. Por lo demás, yo ni siquiera sabía demasiado hebreo, incluso hoy en día a menudo creo que no domino el hebreo, no sé si podría adivinar qué significa מות.

Aunque fuera la primera vez en mi vida que veía un combate de boxeo, lo observaba totalmente fascinado. Ya desde niño me había gustado pelearme, porque para mí lo de pelear significaba ser un nuevo judío, otro judío, un judío de un mundo que mi padre y mi madre me habían prohibido y que sin embargo me atraía, aunque yo supiera bien poco acerca de él; era un mundo que no temía las corrientes de aire ni el aire fresco que tanto abrumaban al *melámed* de nuestro *jéder*, un mundo sin *peyets* y sin *talit* para la oración.

Así que aquí estoy, observando.

Szapiro, a pesar de su peso, es de salto ágil, se desplaza

con las piernas flexionadas alrededor de Ziemiński, como buscando rendijas en la hermética defensa de ese boxeador alto, con la guardia baja, el puño derecho cerca del pecho derecho, y el izquierdo a la misma altura y enfrente del otro.

Los boxeadores comenzaron a colocar sus puños a mayor altura probablemente sólo a partir de la postguerra.

Szapiro se desplaza sin parar, como si alguien le hubiera dado cuerda con una manivela, izquierda, derecha, bloquea con los codos los pocos golpes que Ziemiński le propina en el torso, esquiva con destreza los golpes que le dirige a la cabeza, como si no fuera un púgil de peso pesado sino de peso gallo, y todo el tiempo cede ante su rival y deja que éste lo empuje hacia las cuerdas.

Ziemiński lleva una clara ventaja a pesar de que le sangra la ceja rota. Es él quien ataca todo el tiempo, Szapiro sólo se defiende esquivando golpes, con guardias, y a veces con un rápido jab.

Parece que tenga que perder, y yo deseo profundamente que pierda.

Pero él está totalmente tranquilo. Esquiva los golpes, salta retrocediendo, finge un jab, se recrea. Como si estuviera practicando con el saco y no luchando en un combate importante. Se recrea, relajado, y percibe que Ziemiński, al fin y al cabo un boxeador experimentado, siente temor ante su calma.

No hay rival más terrible en el ring que un oponente tranquilo y seguro de sí mismo. El semblante más aterrador que un boxeador puede ofrecer es un rostro sonriente.

Sin embargo, muchas veces sigo creyendo imposible que el judío que se llevó de casa a mi padre pudiera derrotar a aquel rubio delgado con el escudo blanco, negro y verde del Legia de Varsovia bordado en la camiseta.

Ziemiński se impone no sólo físicamente, no sólo por la envergadura de sus hombros y su altura, sino también por-

que combate en casa, pertenece a la clase de los propietarios y los dirigentes del país.

Podría haberse tratado de un obrero incluso más pobre que Naum Bernsztajn, entonces ya muerto, pero hoy sé que Ziemiński no tenía nada de pobre. Sin embargo, por el simple hecho de ser un hombre rubio y gigantesco y de llevar el escudo del Legia en el pecho, siempre sería mejor que un boxeador judío con una camiseta del Makabi.

En aquella época, a mí no me cabía en la cabeza que un judío pudiera vencer a un cristiano en un cuadrilátero, por más que nosotros mismos nos peleáramos con los chicos cristianos en la plaza Broni. Eso era diferente. Yo tenía entonces diecisiete años, y sólo conocía el mundo del *jéder*, la *yeshivá*, la sinagoga y mi casa.

Después conocí otros muchos.

Ziemiński empuja a Szapiro hasta las cuerdas, el público polaco piensa que éste ya está acabado; pero el boxeador judío cae de repente hacia atrás, como si fuera a derrumbarse de espaldas, las cuerdas se tensan, sostienen el peso de su cuerpo unos segundos y acto seguido lo impulsan como si fuera la piedra de un tirachinas; Szapiro, con una perfecta rotación, se agacha, evitando un gancho horizontal de derecha de Ziemiński, y luego le asesta desde abajo un vigoroso gancho ascendente de izquierda, invirtiendo en este golpe un giro de hombros y de caderas y un enderezamiento de la columna vertebral, aún impulsado por la elasticidad de la cuerda del ring; Ziemiński, golpeado de lleno en el mentón, se vuelve flácido en un santiamén y se desploma sobre la lona con gran estrépito, como si Szapiro hubiera descubierto en su mandíbula un interruptor con el que poder desactivar a un ser humano igual que se apaga la luz.

Szapiro da un salto por encima de su oponente abatido y se dirige a su esquina; Ziemiński, a su vez, no yace inmóvil: está inconsciente, pero tiene convulsiones, como si

sufriera un ataque de epilepsia, los ojos en blanco y sacude las piernas y los brazos como un animal recién degollado.

El público vocifera, se levanta de su asiento, con una emoción multitudinaria todavía desorientada que brota del asombro y la excitación ante un combate que no ha durado ni siquiera dos minutos. Un segundo después, el entusiasmo se encauza, todo el mundo comprende lo que ha sucedido, los seguidores estallan de alegría, como si ellos mismos acabaran de tumbar a todos los polacos que alguna vez los miraron con recelo. El público cristiano silba, indignado de que se haya alterado el orden natural de las cosas.

El árbitro corre hacia Ziemiński, inicia el conteo mientras le toma el pulso. Szapiro ni siquiera se digna a mirarlos, ni al árbitro ni al adversario derrumbado e inconsciente.

Szapiro, sin esperar a que el árbitro termine de pronunciar el decisivo «diez», levanta los brazos, escupe el protector bucal y le hace señas con la cabeza a su entrenador, que lleva un jersey azul marino con la palabra *Makabi* en polaco sobre el pecho.

Un médico sube al ring, palpa el cráneo del boxeador polaco, que sigue tumbado e inconsciente, aunque ya está calmado.

El entrenador de Jakub se saca una pitillera del bolsillo, enciende un cigarrillo y lo introduce en la boca del boxeador. Szapiro aspira el humo un par de veces asomado por encima de las cuerdas, el entrenador le saca el cigarrillo de la boca y se lo apaga.

Hoy sé que ningún otro boxeador se tomaría la libertad de comportarse así, ni entonces ni ahora; sin embargo, en aquel instante vi y supe que en aquel modo de fumar, sin quitarse los guantes, había algo muy arrogante y distinguido, y me gustó mucho, porque nunca había visto a un judío que se permitiera comportarse con semejante arrogan-

cia señorial. Yo sabía que ese tipo de judíos existían, pero nunca los había visto.

Yo tenía entonces diecisiete años.

Cuando tenía diez años, mi madre y yo fuimos al centro veraniego de Świder, al sur de Varsovia. Nuestros bártulos viajaron en un carro vigilados por mi padre, y mi madre y yo en tren, en tercera clase, con la línea que recorría Miedzyszyn, Falenica, Michalin y que llegaba hasta el mismo Świder. Aquéllas fueron las primeras vacaciones de mi vida y por primera vez dejé la ciudad; todo me gustaba, en especial aquel sol de ardiente resplandor, tan diferente al de la ciudad, y al que sigo apegado desde entonces aquí, entre las casas blancas y bajo un cielo totalmente distinto, bajo el sol abrasador de la tierra de Israel.

Un día, mi madre y yo fuimos a dar un paseo por el bosque de pinos, donde ella extendió una manta y sacó de una cesta bocadillos y una botella de limonada con su patente en la chapa; luego yo corrí por el bosque, pero prestando atención para no perderla de vista. Me puse a recoger piñas. Al levantar la vista, vi a mi lado a una niña de pelo rubio, mayor que yo, una niña cristiana con un vestido azul y trenzas.

—Buenos días—dije.

Ella resopló, puso los ojos en blanco, se volvió y se fue corriendo.

Comprendí enseguida por qué se había ido. Ella no quería recibir los «buenos días» de un pequeño judío con *pe-yets*.

Después comprendí que podía haberse ido por cualquier otra razón, pudo haber tenido miedo de mí, o pudo no sentir nada, y yo simplemente añadí el resto.

Más tarde comprendí que había sido muy razonable al añadir «el resto».

Lo sentí y lo supe entonces, en Świder, recogiendo piñas entre los pinos y a mis diez años: no quería que nadie me

mirara de aquella manera, pero no sabía, no tenía ni idea acerca de qué podía hacer ante aquello; y entonces pasé a considerar aquel sentimiento como una parte inherente a mi condición judía. Así seré, así seguiré siendo. Eso creía yo entonces. No quería ser así, no quería ser judío, pero no ser judío me parecía tan posible como ser Tom Mix, actor estadounidense cuyas aventuras mudas y a caballo veíamos en los oscuros túneles de los cinematógrafos ambulantes que, durante mi infancia, aún se instalaban en los patios traseros de nuestro mundo, de nuestra aislada Varsovia.

Además, puede que todo aquello no me sucediera a mí. ¿Puede ser que Szapiro me lo contara? Nuestras vidas se funden en una.

A mis diecisiete años, sentado allí, en la sala del antiguo teatro Nowości, me di cuenta de que todo aquello no era cierto. Yo no tenía que seguir siendo el muchacho que recogía piñas. Un judío no tiene por qué ser un judío como aquél, puede ser otro judío, tan bueno como un señor cristiano.

Vi cómo las mujeres, tanto judías como cristianas, miraban a Szapiro y vi que lo hacían con una mirada totalmente diferente a la de aquella niña rubia del bosque de pinos, en el centro veraniego de Świder.

Yo también miro a Jakub Szapiro, veo cómo alza la cabeza para tragar profundamente el humo del cigarrillo que tiene en la boca y cómo se inclina hacia el entrenador, y cómo éste, obediente, le saca el cigarrillo de los labios. Szapiro exhala una gran nube de humo azul que, a la luz de los reflectores, forma arabescos semejantes a un alfabeto de vigor masculino. Szapiro se dirige al árbitro sacudiendo los hombros y relajando los músculos, como esperando la sentencia, aunque es evidente que Ziemiński no sólo no se ha levantado durante el conteo, sino que todavía sigue tumbado.

Sus entrenadores intentan reanimarlo; al final, logran que vuelva en sí. El árbitro agarra los brazos de los púgi-

les y alza el de Szapiro; Ziemiński se tambalea sobre sus piernas y mira a su alrededor con los ojos idos. El presentador anuncia el final de la última pelea de esa noche, con la victoria del púgil del club Makabi de Varsovia. El público aplaude. Yo también aplaudo.

Ziemiński, todavía aturdido, extiende la mano enguantada hacia Szapiro. Éste lo rechaza con un gesto que el periodista polaco Witold Sokoliński, poco fan de Szapiro, describirá en la edición matutina de *El Correo de Varsovia* como símbolo de la falta de espíritu deportivo nada sorprendente en un boxeador judío, resaltando claramente que Szapiro no estrechó la mano de su rival.

Un periodista judío más benevolente escribiría en el periódico sionista moderado *Nuestra Revista* que Szapiro estrechó con desdén la mano de Ziemiński.

Andrzej Ziemiński, en cambio, ni se percató de ello, porque todavía está desconcertado; luego, el árbitro lo acompaña a una esquina y lo deja en manos de sus entrenadores.

El público cristiano ve el gesto del boxeador judío y se oyen silbidos. Entonces, un hombre de baja estatura se levanta en la primera fila y se vuelve hacia el graderío, y mira, simplemente mira, como si tratara de distinguir a los que silban. Los silbidos cesan de inmediato. Yo todavía no sé de quién se trata.

El presentador declara la victoria del Legia en el campeonato por nueve combates a siete.

A Jakub Szapiro no le interesa el resultado del campeonato. Jakub Szapiro es el campeón, Jakub Szapiro es como David tras su victoria contra los filisteos y los jebuseos. Jakub es el rey, y sus hijos, que evidentemente no se encuentran en la sala, los príncipes.

El entrenador lo está esperando con otro cigarrillo encendido; Szapiro traga el humo mirando desafiante y triun-

fante al público; bajo el peso de su mirada se apagan los últimos murmullos. Luego alza las cuerdas, se desliza entre ellas y salta con agilidad desde la lona. Ya no se oyen silbidos. Sigue fumando mientras uno de los entrenadores lo seca con una toalla, y el otro, el que antes le ha encendido un cigarrillo, le desata y le quita los guantes y los vendajes de las manos.

Ya no hay más peleas. En la sala resuena el rumor y el arrastre de zapatos del público, que de repente ha vuelto a la realidad, se ha levantado de sus asientos y se dispone a marcharse. Mañana hay que ir al trabajo, el boxeo ha llegado a su fin, es hora de regresar al mundo real.

Aquel día, cuando vi todo aquello, algo sucedió dentro de mí. Como si yo mismo me hubiera puesto en pie y hubiera luchado en el cuadrilátero contra aquel Goliat rubio, como si yo mismo hubiera estado allí.

Como si todo lo que sucedió más tarde en mi vida hubiera tenido su comienzo, su origen, en aquellos casi dos minutos en el ring.

En cuanto los entrenadores le liberaron las manos y le dieron un albornoz, Szapiro se dirigió a aquel hombre corpulento y de baja estatura de la primera fila, el mismo que había acallado al público cuando éste empezó a silbar tras el gesto arrogante de Jakub.

Era un hombre con una imponente cabeza abovedada, pero completamente desprovista de cabello. Aquella gran escasez quedaba compensada por un bigote grande, untado y enroscado en dirección a sus ojos, muy anticuado, pero también a juego con su traje caro de lana diplomática, azul marino, pasado de moda y algo ajustado.

Las leontinas y las cadenitas de oro del reloj y una llavecita brillaban en el chaleco que ceñía su voluminosa barriga. El hombre metió los dedos en los bolsillos del chaleco y cruzó las piernas. Aquellas piernas eran cortas y ro-

llizas, y daba la impresión de que alguien quería cruzar el dedo índice con el corazón, pues él apenas podía poner la pantorrilla derecha sobre la rodilla izquierda. Al hacerlo, los pantalones se le subieron, dejando al descubierto unas ligas masculinas y una franja de piel blanca entre los bajos de los pantalones y sus calcetines de seda negra. La punta del zapato negro de charol, guarnecida con puntera de metal brillante, se movía rítmicamente cuando el hombre se reía en voz alta con sacudidas; sus chirriantes risotadas incluso llegaban hasta mí entre los vótores y desde la distancia.

—¡Lo has reventado, Jakub! ¡Menuda paliza...!—gritaba y aplaudía con sus rechonchas manos.

Entonces yo desconocía su verdadero nombre, pero sabía perfectamente quién era. Todos sabían quién era aquel *goy* bajo, alegre y terrible, desde el mercadillo de Kerce-lak hasta la calle Tłomackie, desde la plaza Broni hasta el mercado cubierto Hala Mirowska, y en las calles Nalewki, Gęsia, Miła, Leszno del antiguo barrio judío de Varsovia.

«Se acerca Kaplica, “el Padrino”...», murmuraban cuando caminaba lentamente por las aceras, balanceándose sobre sus arqueadas piernas, con la americana desabrochada y los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco y un cigarrillo en la boquilla de cuerno entre los dientes. Su escolta habitual lo seguía a una distancia respetable, con la culata de una Nagant o una Browning siempre visible y jamás oculta bajo el chaleco, ni siquiera al cruzarse con la mirada esquiva de los policías.

Por aquel entonces yo no sabía por qué llamaban precisamente Padrino al Padrino. Su nombre real era Jan Kaplica, pero acabó siendo el Padrino porque era amigo de todo el que quisiera su amistad, aunque esa amistad tenía un precio muy alto.

Yo no sabía cómo había empezado; lo único que se sa-

bía era que había pertenecido al Partido Socialista Polaco en tiempos del zar, y que se había dedicado a merodear con un arma y a realizar expropiaciones para la Organización de Combate, los paramilitares socialistas; después, al parecer, había sido partidario de Józef Beck. Poco más se sabía, aunque sí se sabía que la policía había arrestado en cierta ocasión a Kaplica y que el propio presidente polaco o cierto ministro había llamado por teléfono a la comisaría, y que cierto inspector o cierto comisario, o incluso cierto ministro, lo había llevado a casa personalmente en su propio coche, le había abierto la puerta del auto como si fuera un vulgar chofer, se había inclinado ante él y, además, le había pedido perdón.

Yo no sabía tampoco que Kaplica, el Padrino, era el hombre que había encargado a Jakub Szapiro que matara a mi padre. Yo ni siquiera era capaz de imaginar que alguien como el Padrino, un verdadero *purits*,¹ un verdadero pez gordo, pudiera ser consciente de la existencia de mi padre, un humilde oficinista del Ambulatorio Hebreo y un dependiente sin éxito.

Sin embargo, para desgracia de mi padrecito, Kaplica, el Padrino, era perfectamente consciente de su existencia.

El día que mi padre pasó a mejor vida de la mano de Jakub Szapiro y su gente, Kaplica—el Padrino—estaba sentado, desde las siete de la mañana y como tenía por costumbre, a su mesa de la pequeña empanadería de Sobenski, en la calle Leszno, 22, junto a la parroquia evangélica.

Nadie, salvo Kaplica, se atrevía a ocupar aquella mesa. Sobenski era un judío profundamente asimilado que jamás

¹ El término polaco *puryc*, que designa al hombre rico e influyente, está tomado del yiddish פירעץ (*polets*, ‘amo, terrateniente’), del hebreo פירעץ (*pāriš*, ‘bandido, bandolero, saqueador, ladrón’). (*Todas las notas son de las traductoras*).

iba a la sinagoga; y si iba, sólo a la Gran Sinagoga, donde el cantor se atrevía a alabar a Dios en polaco. Él mismo acudía personalmente a su comercio todos los días, antes de las seis, para que las empanadas y el café estuvieran listos y calientes antes de la llegada de Kaplica. Y si Kaplica lo deseaba, Sobenski corría a la empanadería incluso el *sabbat*.

Kaplica llegaba a las siete en punto, colgaba su sombrero hongo en el perchero y, si era otoño, también el abrigo y la bufanda; y si era invierno, el abrigo de piel; y si llevaba botas de agua, en época de aguaceros o de calabobos, se las quitaba y las colocaba al lado del perchero. Una vez despojado de su ropa de abrigo, saludaba efusivamente al propietario, se sentaba, desplegaba *El Correo de Varsovia* y se ponía a leer moviendo los labios y pasando el dedo pulgar por el texto. Sobenski le servía personalmente un café solo doble y unas empanadas *kósher* calientes. Y nadie tenía el derecho de molestar a Kaplica hasta las siete y media de la mañana.

«¡Este momento es sólo para mí! ¡Es la única media hora en todo el día que me pertenece sólo a mí!», solía decir, y estudiaba anuncios y publicidad con diligencia, se echaba a reír con los chistes gráficos y los poemas humorísticos de la última página.

A las siete y media llegaba el *Doctor Radziwiłek*, pedía un café, cogía *Nuestra Revista* y se sentaba también en la pequeña mesa redonda, leían juntos los periódicos y debatían durante mucho rato. De Radziwiłek hablaré más adelante, ya que será un personaje importante en esta historia, aunque no lo sea por ahora. En cualquier caso, era el colaborador más cercano a Kaplica y su mano derecha.

Normalmente Kaplica también invitaba a Szapiro a las siete y media y le permitía escuchar aquellas conversaciones suyas con Radziwiłek, cosa que nadie más podía hacer, y de este modo lo había ungido como el primero de sus soldados.